

(romanticismo, post-ilustración). La necesidad de dar con una respuesta al eclipse del nuevo “dios” llamado progreso y a la conciencia de ser una *época* (idea también impersonal sin lugar a dudas hija de la “historia”, nacida de dicha esquematización temporal) donde lo posible quizás no deba remitir solamente a lo mensurable. No es poco ciertamente lo que está en juego, pero a eso apunta el segundo tomo.

Por ahora nos quedamos con que el ejercicio arqueológico que hace Taylor es absolutamente pertinente. Porque puede que sea una ratificación misma del proceso de secularización. Sí, la suya es una preocupación justamente de “época” [¿cómo es posible “hoy” creer? Esto es, ¿de qué modo hay que plantear de manera plausible (¿impersonal también?) que uno pueda, en su espacio interno (¿impermeable a la crítica social?), creer?], que se explica a sí misma a partir de un esquema de relato causal y de secuencia temporal. Incluso puede que sea una síntesis incompleta, pues deja fuera de su hermenéutica elementos emocionales bien notorios de la racionalización renacentista que explican, por ejemplo, el barroco y sus fobias. ¿O es que la *mathesis universalis* no es un mecanismo de defensa frente a un mundo demasiado hostil, imprevisible y peligroso, en el cual lo evidente deja de serlo? Si el sol, que es el que se mueve, se convertía en el astro rey inmóvil, entonces Dios, lo absoluto, puede perfectamente (de) pender de lo relativo, el mundo.

La arqueología que Taylor nos propone, decimos, es a bote pronto necesaria. Y lo es porque somos hijos, nosotros los “occidentales”, de esos tiempos. Y sobre todo de esa idea del tiempo. Venimos del largo transitar de la Modernidad y sus contradicciones, de las insuficiencias ya mostradas en el s. XIX y constatadas ampliamente en el siglo XX. Por eso, ya bien entrados en cambio de milenio, tenemos la sensación de que los conflictos parecen ser los mismos que supuestamente creíamos superados. Pero como tenemos esa conciencia (a saber, de que creemos que son conflictos que *todavía* arrastramos), los tiempos ya no son exactamente los mismos. Así que la retrospectiva se lanza indefectiblemente a lo que

la excede, que es el presente, que es por definición inenarrable. Por eso en este punto no podemos dejar de preguntarnos, en relación a lo que Taylor se propone. Si somos hijos de la concepción temporal del ser, ¿por qué *todavía* plantearse hoy día la posibilidad de una fe “tradicional”? Porque, a menos que exista un tiempo que es superior que desmienta que esa fe es “tradicional”, ¿no es eso dar la espalda a cómo los temas se presentan hoy?.—MIQUEL SEGURÓ.

MORENO ROMO, JUAN CARLOS (coord.): *Unamuno, moderno y antimoderno*. Ciudad de México, Editorial Fontamara, 2012. 231 p. 20 cm. ISBN 978-607-7971-67-2.

Juan Carlos Moreno Romo, titular de la cátedra de Historia de la Filosofía Moderna en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro (México) coordina este volumen, el segundo que nace a partir del I Simposio Internacional de Estudios Cruzados sobre la Modernidad: “Unamuno y nosotros”, un encuentro en conmemoración del LXX aniversario de la muerte del filósofo y poeta español en 2006. El objetivo de todo ello es que, con Unamuno, aumente nuestro conocimiento y reconocimiento de nuestra filosofía, la filosofía escrita en español. Se incluye sin lugar a dudas la filosofía hecha en España y la hecha en Hispanoamérica en el mismo grupo, hermanadas.

Si bien en el “hermano mayor” del libro que hoy nos ocupa, *Unamuno y nosotros*, se recogía una invitación a considerarnos dignos herederos de una filosofía pensada y escrita en español y a reconocer su valía, esta obra no muestra un sentido unitario tan claro. Cuenta con diez artículos, siendo el primero (“Unamuno, otros quijotes y otros molinos de viento) y el último (“Unamuno, Descartes y nuestra filosofía”), ambos del coordinador de la obra, y el firmado por Francisco Jesús Ángeles Cerón (“Unamuno y las trampas de la envidia”) los que más parecen estar en la línea de la idea que nos transmite el título. La reflexión que late en estos escritos es que el proyecto moderno que elimina a las pasiones y niega al “otro”, buscando un hombre puramente racional, no es el único presente, sino que también

está la modernidad cartesiana y la modernidad quijotesca o cervantina, que siguen la línea contraria de atención a las pasiones y a la humanidad del hombre. Ambas son fuentes de las que bebe Unamuno y quedan reflejadas cuando nos expresa, por ejemplo, que “Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo”, o como reinterpreta el Dr. Moreno Romo: “la vida es harto más amplia y más honda que nuestro pobre pensamiento racional”

El resto de artículos tienen una extensión y valía desigual. Destacaría como más interesantes cuatro. En primer lugar, el estudio que realiza Luis Álvarez Castro: “En torno al regeneracionismo espiritual de Ángel Ganivet y Miguel de Unamuno: Un estudio comparativo de *España filosófica contemporánea* y *De la enseñanza superior en España*”. A partir de estas dos obras, el autor hace una interesante reflexión acerca del sentido del regeneracionismo, término que es una suerte de cajón de sastre que, como tal, se usa con una ligereza que lleva a equívocos y problemas y que necesita –como pide el autor– una revisión tipológica. Considero también interesante, por acercarnos la figura del pensador peruano “La recepción de Mariátegui en España. Relación con Unamuno” que presenta Pedro Ribas. Queda patente en su escrito, donde también habla de Araquistáin y Costa, que queda un interesante campo de investigación por explorar. Campo –el de las relaciones de Unamuno con colegas latinoamericanos– que también trata Gemma Gordo Piñar con “Miguel de Unamuno y Ricardo Palma: Intralenguaje epistolar”. Por último, “Unamuno y Pascal: Solidarios en lo trágico” donde Alicia Villar nos expone las relaciones y puntos en común entre el autor salmantino y el pensador francés. Es éste último sin duda el artículo más prolijo en citas y referencias, convirtiéndose en el más válido desde el punto de vista del investigador, y con una relación directa con el problema de la modernidad al que nos remite el título del libro.

Es también interesante el escrito de Armando Savignano, “Filosofía y religión en Miguel de Unamuno, la cristología poética”, que distingo del grupo anterior por quedar,

a mi juicio, deslavazado por su temática del resto de la obra. Completan el libro “Unamuno y la novela moderna. Entre Cervantes y Sartre” de Juan Carlos Orejudo Pedrosa y “La presencia de Platón en la filosofía quijotesca del amor de Unamuno” de Roger López. A mi juicio, estos artículos acometen temas demasiado amplios o demasiado peregrinos que hacen decaer el interés general de la obra.

A mi juicio, ha de achacársele a este “Unamuno moderno y antimoderno” cierta desconexión entre los artículos que la forman, ya que lo único que parece unirlos es la figura de Don Miguel, sin procurar un criterio temático que cumplan todos los escritos. Sin menospreciar el esfuerzo del coordinador en esta labor –cuestión que deja patente en su primer artículo, de tono incendiario– y en general por acometer este proyecto, creo que es una cuestión a revisar de cara a nuevas obras que surjan del proyecto citado.

*Unamuno, moderno y antimoderno*, sin embargo, sí que demuestra el interés que despierta la figura de Don Miguel de Unamuno al otro lado del Atlántico y los abundantes y variados estudios que sobre su figura y pensamiento están surgiendo. Y aún mejor: señala los numerosos puntos aún por revisar y recuperar. Eso sí, desde la perspectiva que sí se respira en el libro: no vivir esta recuperación como algo frío, académico, impersonal, cometiendo de nuevo los pecados de la modernidad, sino que hagamos de nuestro pensamiento carne, discurso, discusión. Vida.—CLARA FERNÁNDEZ DÍAZ-RINCÓN.

DOMINGO MORATALLA, TOMÁS; FEITO GRANDE, LYDIA, *Bioética narrativa*. Editorial Escolar y Mayo, Madrid, 2013, 199 págs.

Si sobre un concepto ha girado el pensamiento ético desde la segunda mitad del pasado siglo hasta la actualidad, este, indudablemente, ha sido el de «responsabilidad». La historia reciente ha mostrado lo limitada de la ética entendida como el descubrimiento y aplicación de valores absolutos, o como el cumplimiento, con independencia de circunstancia alguna, de un deber impuesto